

tofónicas aparecen cuando la indagación lo requiere.

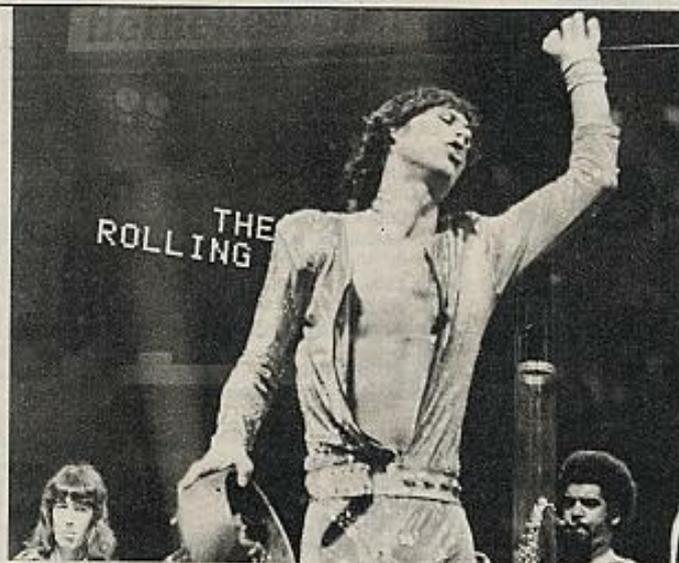
La vuelta al teatro madrileño de María Paz Ballesteros y de Sainz de la Peña, estrenando a un autor español marginado, y afrontando con honestidad las evidentes limitaciones de fecha y presupuesto, me parece que ha sido del todo coherente. ■ JOSE MONLEON.

CANCION

No es sólo "rock and roll"

Diecisiete mil personas en Barcelona, viendo a los Rolling Stones, en su primera, y muy probablemente última, visita a España. El quinteto está a punto de desaparecer definitivamente, según los indicios de mayor relieve, y únicamente un exarcebado deseo por parte del "establishment" montado alrededor suyo podría hacerles continuar, indefinidamente, lo que en cierto aspecto no dejaría de ser lamentable. Ya Nick Cohn, incisivo observador del mundo del rock, señaló que "los Rolling Stones deberían morir a los treinta años".

Y, ciertamente, la multitud de seguidores que, desde todos los puntos ibéricos llegaron a Barcelona a presenciar tan, a priori, sublime e insólito acontecimiento, eran gentes más próximas a los treinta años de edad que a los veinte. Por varias razones: no es la menor el que los precios de las localidades fueran más que prohibitivos para los más jóvenes: 900 pesetas, entrada única. Por otra parte, la generación que en la década de los sesenta vivió sus primeras vibraciones contestatarias al ritmo frenético y machacón de los Rolling, era la que, medianamente instalada o instalada del todo ya en una sociedad que decía aborrecer, podía y quería ahora permitirse los lujos de un "week end" a la catalana.



Mick Jagger, entre Bill Wyman y Bobby Keyes, durante la actuación de los Rolling Stones en Barcelona.

No fue sino hasta las doce y media de la noche cuando los Stones de Mick Jagger aparecieron. El ambiente, de este modo, se había venido caldeando, a pesar de todo. Según algunos sutiles observadores, la táctica no es totalmente nueva ni ajena a los Stones: se ofrece un débil espectáculo anterior, con un sonido deficiente y con una mínima puesta en escena, y se espera que la ansiedad creada de este modo y la propia calidad de los Stones resuelva definitivamente el concierto y lo sentencie con un sí mítico.

Tres horas y media dan, sin embargo, mucho de sí. El que más y el que menos se dedicó a buscar su amigo o su pareja, fuese o no conocido. O las actividades sensoriales habituales en este tipo de actos comunitarios. El espectáculo, una vez más, lo protagonizaban las masas, con su presencia, con su participación, con su creatividad.

Hubo también quien tuvo que quedarse fuera del recinto. Y ellos fueron actores del más serio incidente de orden público de la noche, al enfrentarse con la nutrida presencia de la Policía, que efectuó las cargas consabidas.

Otro tipo de violenta tensión no fue tan apreciada: las propias fuerzas parapoliciales de que hacen gala los Stones en sus giras. Sus guardaespaldas oficiales, y los no tan reconocibles.

¿Cómo se puede conciliar postura tan dictatorial, regresiva, opresiva y reaccionaria, con el tan aireado compromiso formal de su música, y los componentes

probablemente progresistas de su actividad?

Pero es que los Rolling Stones no son sólo un grupo de "rock'n roll", bien a su pesar, seguramente. Los Stones y la infraestructura económica que les rodea, donde se manejan muchos millones de dólares, son, más que nada, una máquina, un engranaje, un sistema. Moviéndose en el terreno, pantanoso por su podredumbre, pero nada incierto por su estabilidad, de unas relaciones de producción netamente capitalistas. En esta ocasión, el grupo se embolsó una cantidad próxima a los ocho millones de pesetas, según fuentes que ofrecen credibilidad.

Y, sin embargo, la genialidad de los Rolling Stones, artísticamente hablando, es innegable. En Barcelona lo demostraron de nuevo, a pesar de que se haya comentado en otros países europeos que ésta ha sido su gira de despedida, porque el grupo no tiene ya nada nuevo que ofrecer: repitiendo los viejos trucos, los gastados "gags", explotando las cualidades mímicas y circenses del "showman" Mick Jagger, se considera por parte de algunos críticos que sus actuaciones recientes han sido un triste remedo de la sinceridad, espontaneísmo y vivacidad creadora del pasado.

No para nosotros: a pesar del mucho tiempo transcurrido desde su aparición, los Stones han estado alejados de nuestra vista. Por ello, el espectáculo nos parece espléndido, fresco y absolutamente vivificador. Ciertamente "debe ser duro, a los treinta y

cinco años, hacer el payaso para ganarse la vida", como titula Mariella Righini su crónica del espectáculo en el Nouvel Observateur, refiriéndose, por supuesto, al gimnasta Jagger. Efectivamente, el mecanismo y la repetitividad no estuvieron exentos del contexto "stoniano" en esta ocasión, pero nosotros, poco europeos españoles, no llegamos a tales grados de sutileza. Aún con los "gags" que Mick Jagger—personaje que tampoco se puede despachar de un plumazo: Anthony Scadutto ha escrito un amplísimo y profundo acercamiento a su figura— se guardó en el bolsillo, tales como la exhibición de un gigante pene de caucho, impúdico sin duda para nuestros ojos, o la cabeza de dragón expulsador de confetis, los que nos reservó, no por conocidos fueron menos eficaces: Jagger baila, se contornea, grita, gesticula, chillaba, adopta ambiguas posturas sexuales, se sube a las tarimas y desde allí se dirige, entre inocente y provocador, al público y, en fin, se contorsiona y exhibe mil y una muecas, quedándose finalmente en cueros en las partes corporales permitidas, que en España son las de cintura arriba.

No importa tampoco demasiado que él no sienta lo que hace. En quien le ve —el otro día, al menos, funcionó perfectamente—, su "show" caló hondamente, al igual que la música de los Rolling Stones, desprovista de todas las connotaciones sociológicas y políticas que hemos examinado: la suya es una música directa, simple, contumaz, a veces tierna ("Angie"), a veces lúdica ("Honky Tonk Women"), siempre insinuante ("Hey, negrita") y furiosa ("Street fighting man"). Avasalladora ("Brown Sugar") y orgástica ("Midnight Rambler", "Jumpin' Jack Flash"...).

En una perfecta maniobra de "marketing" llevada al terreno del espectáculo, con el objeto de conseguir el climax final, próximo a la catarsis colectiva, el recital fue subiendo poco a poco de tono, hasta convertirse en lo esperado por unos y por otros, aunque fuese por distintas razones: en una fiesta comunitaria, desinhibitoria y gratificante. ■ ALVARO FEITO. Foto: GRAMHAM WILTSHIRE.